Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LII - Nº 2625
Montevideo
19 de febrero de 1984



Museo Nacional de Artes Plásticas:

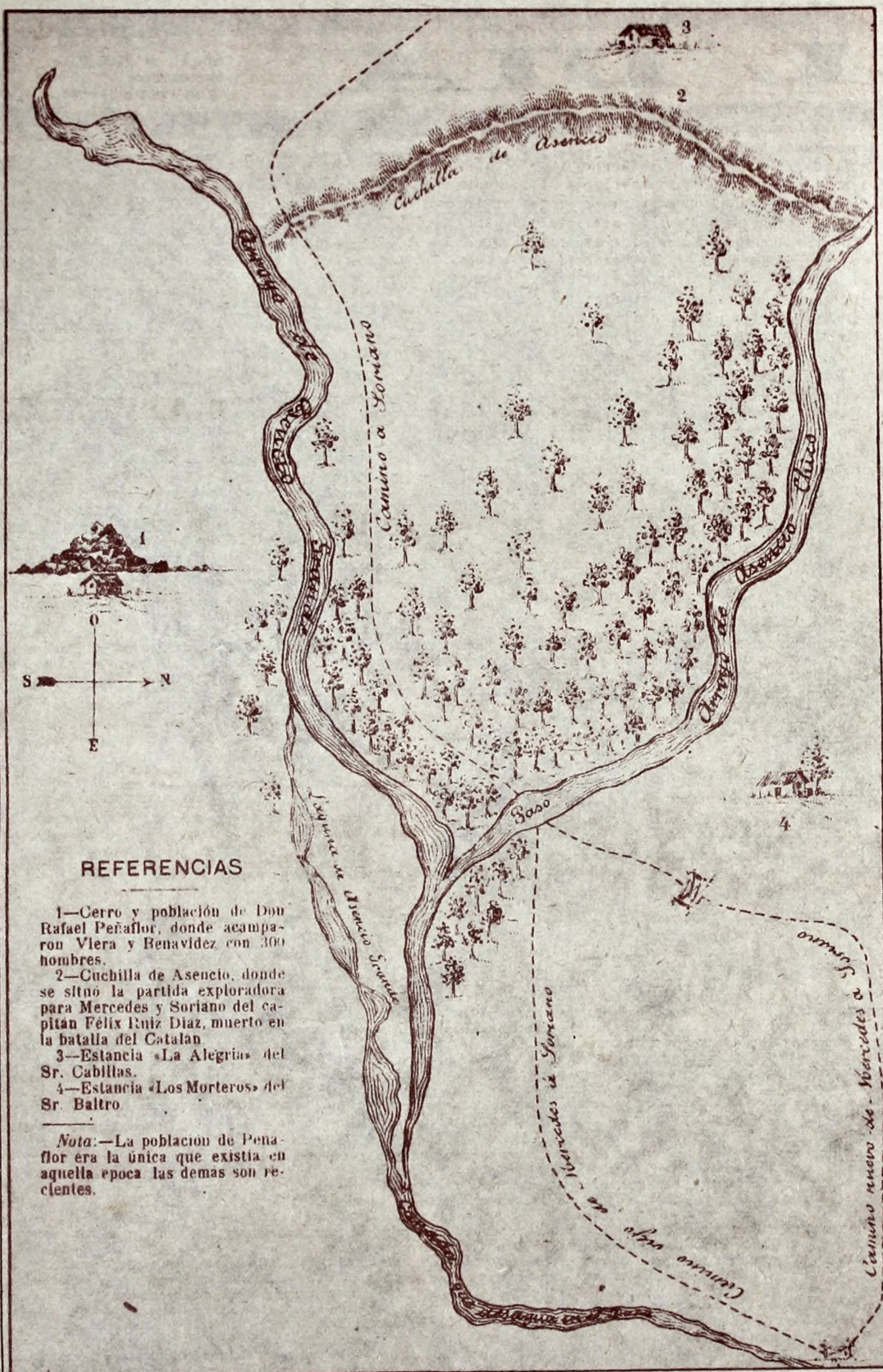
Nuestros pintores

Una de las obras que pueden admirarse en el Museo del Parque Rodó, es este desbordante paisaje de Blanes Viale, poesía derramada a torrentes de color. (Ver. págs. centrales)

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72



1) Croquis del paraje donde tuvo lugar el episodio histórico conocido por "El grito de Asencio", en el departamento de Soriano, levantado por el vecino Rito Castellanos. ("El Fogón-Montevideo, 22 de mayo de 1901 - Segunda época, año III, Nº 123).

El mal llamado Combate del Paso del Rey

Cuando se inicia en 1811 el movimiento de emancipación, el triunfo de los patriotas en San José sobre las fuerzas españolas afirmará los ideales republicanos, democráticos y de libertad, por los cuales se combatía. Días antes una partida montevideana se había apoderado del pueblo de Porongos y Artigas, desde su campamento de Mercedes, había destacado setenta hombres al mando del alférez Pedro Pablo Román en auxilio del vecindario.

San José, situado en una colina, extendía su caserío hasta el río, pero aún quedaba casi despoblada la plaza e inmediaciones de la iglesia, por pertenecer estos terrenos a vecinos pobres o a quienes "teniendo posesiones afuera, no cuidaban de edificar", como lo señala Larrañaga cuatro años después. En la plaza, mirando al E., se hallaba la parroquia y una pequeña casa, sede del medio Cabildo. El cura tenía su vivienda mirando al Norte, contigua a la cual existían ranchos. Los demás sitios se hallaban despoblados.

La edificación del pueblo era mejor que la que tenían en la época San Juan Bautista (hoy Santa Lucía), Canelones y Las Piedras. En la costa del río San José se extendían chacras, algunas de ellas con edificios de azotea.

Después del Grito de Asencio y de la rendición de Colonia y del pueblo del Colla (Rosario) el capitán Manuel Antonio Artigas, primo hermano del prócer, se encontraba con sus tropas en las proximidades de la villa de San José.

A fin de explorar la campaña, el virrey Xavier de Elío envió una fuerza comandada por el teniente coronel Joaquín Gayón y Bustamante compuesta de 25 soldados, "reclutas de 15 días de servicio", 1 teniente, 1 sargento, 4 artilleros y 1 cabo con una pieza de artillería volante "de a cuatro reforzada" con sus municiones. Esta fuerza posteriormente se unió con la que tenía el teniente coronel Diego Herrera, emigrado de Buenos Aires. Gayón y Bustamante había venido de España con el virrey y era su primer edecán.

La medida militar estaba destinada al fracaso. Elío pensaba erróneamente que un centenar y medio de hombres podía acabar con una insurrección de miles, "prácticos en el país y favorecidos por todos sus habitantes", como lo señalara en noviembre de 1811 el comandante general del Apostadero de Marina de Montevideo José María Salazar en informe al secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina hispánico.

Las fuerzas españolas de Gayón y Bustamante partieron de Montevideo el 19 de abril y llegaron en horas de la noche a la villa de Canelones; el 20 continuaron la marcha en dirección a Santa Lucía, donde llegaron temprano, pero la creciente del río las obligó a detenerse hasta el día siguiente en la espera de que descendiera el nivel de las aguas. El día 22 llegaron a Cagancha, donde pernoctaron y desde allí Gayón y Bustamante, su ayudante Esteban Rodríguez y 4 soldados se dirigieron al pueblo de San José constatando que allí se encontraba una partida comandada por el ayudante Isidro Casado. A pedido de este le prometió reforzarla con 20 plazas.

Por esos días, Juan Francisco Vázquez, alias Chiquilín, que tenía una estancia "bien poblada" en territorio de San José, se había plegado a la revolución. Luego de la toma de la villa será su comandante.

Luego de haber regresado a su campamento Gayón y Bustamante, al haber comprobado que todo estaba en orden en San José, el 23 siguió con sus tropas en dirección al paraje llamado Paso del Rey y hallándose a la hora de la oración ¯cuando va a anochecer] en campos de la estanca de Da. Matilde Durán [situada en el pago de Chamizo] pasaron allí la noche y mudaron sus caballos con el fin de retroceder, por haber tendido noticias de haberse avistado fuerzas revolucionarias próximas al pueblo.

Entretanto, según se desprende del oficio dirigido por el general Diego de Sousa al conde Linhares, desde San Borja, el 3 de junio de 1811, habría sido Casado quien se habría puesto en connivencia con las fuerzas de Manuel Antonio Artigas para que ocuparan San José. El Diario de Esteban Rodríguez, ayudante del Tte. Cnel. Joaquín Gayón desmiente terminantemente que hubiera habido un combate en el Paso del Rey, donde actualmente se encuentra un monolito de granito en su memoria que tiene la siguiente inscripción: **"El pueblo oriental en el 150 aniversario de su revolución - Paso del Rey, 21-IV-1811, 1961"**. El monolito está emplazado en dicho paso del río San José, a 17 kms. del km. 120 de la ruta 23 (trayecto a Mal Abrigo), es decir, a 47 kmts. de la ciudad de San José de Mayo. Alrededor de 20 kmts. en línea recta.

El Diario de Rodríguez, que fuera protagonista de dicha marcha, no deja lugar a dudas. Los españoles seguían su derrota "como para el paraje que llaman el paso del Rey", pero encontrándose en la estancia de Matilde Durán, desde allí volvieron "para atrás" dirigiéndose "a trote y galope" hacia San José.

La leyenda del combate del Paso del Rey, quizá principié en las "Memoria de los sucesos de armas...". Una de ellas relata así la presunta acción. La otra reitera lo dicho, con sólo variantes de redacción.

"El 3 de setiembre una fuerza de españoles, mandados por el capitán Bustamante y con una pieza de artillería volante, llegó hasta el Paso del Rey en San José, adonde tiroteó una fuerza de más de 600 hombres que se habían reunido a las órdenes de los patriotas, don Manuel Artigas, capitán, y del comandante don Baltasar Bargas (paraguayo), de la jurisdicción de los Porongos. Los españoles tuvieron que refugiarse en San José en el que, aunque se defendieron de las azoteas, los españoles protegidos por el fuego de los cañones se vieron obligados a rendirse a discreción, de resultas de una herida que recibió en una pierna el comandante don Manuel Artigas."

Por cierto que este tiroteo no tuvo lugar el 3 de setiembre sino en abril de 1811. Las "Memorias de los sucesos de armas..." escritas sobre apuntes del Gral. Fructuoso Rivera y, perfeccionadas en su redacción por alguno de sus amigos, incurren, como lo ha señalado el historiador Flavio A. García en imperfecciones muy diversas, pero sus distintas versiones han sido utilizadas en forma reiterada por los principales historiadores uruguayos. Entre ellos Francisco Bauzá, que narra con elocuencia en su obra "Historia de la Dominación Española en el Uruguay" la supuesta victoria de las fuerzas patriotas sobre las españolas en Paso del Rey del río San José.

Según el citado Diario de Esteban Rodríguez, el día 24 marcharon las tropas españolas desde la estancia de Dña. Matilde Durán hacia San José y a las ocho de la mañana ya avistaron "bultos de caballería" de las fuerzas revolucionarias de Manuel Francisco Artigas que habían tomado el pueblo.

Estando las fuerzas españolas a una legua de San José, esa columna como de 600 hombres que había salido de la villa desfiló por derecha e izquierda de ellas, que habían formado en cuadro, con el fin de encerrarlas utilizando la táctica llamada del corralito, pero con tiros de metralla consiguieron seguir avanzando hasta conseguir tomar el pueblo "a punta de bayoneta". Agrega Rodriguez que tirando un tiro de metralla "ya quedó deshecho parte del

corral'' y que con el estruendo del cañoncito que llevaban los españoles, sus caballos, que estaban maneados y ensillados, se fueron todos a manos de los revolucionarios.

Los españoles formaron cuatro partidas de guerrillas, por los cuatro costados del cañón, dirigiéndose siempre hacia el pueblo ''haciendo fuego y avanzando, sin atender a heridos ni muertos, ni de ellos, ni de los nuestros'' hasta conseguir tomar San José a punta de bayoneta.

Aunque el Diario dice que este enfrentamiento se produjo el día 24, creemos que tuvo lugar el día 23. Casi un año después, el 1° de abril de 1812, según lo ha exhumado el historiador Daniel Ramela, en el libro 2° de Defunciones de la Parroquia de San José, a fs. 56, se da cuenta del fallecimiento de José Carabajal, hijo de Juan Carabajal y María Calero, ''que murió el 21 de abrl de 1811 defendiendo a su Rey Fernando VII''. José Carabajal era hijo de pobladores de San José, por lo consiguiente descendiente de españoles. Seguramente fue muerto en el tiroteo con las fuerzas patriotas. Supone Ramela que al fallecer fue sepultado en el luğar [o quedaron sus restos allí] y al año siguiente fueron trasladados al cementerio de la villa, en la víspera del armisticio celebrado por el Triunvirato porteño con los portugueses.

Con los elementos documentales que disponemos, no podemos aún precisar el lugar del tiroteo, situado a una legua de San José, en viaje desde Chamizo, como lo atestigua Esteban Rodríguez o a una legua y media, según el testimonio de Gayón y Bustamante.

No fue un triunfo de las fuerzas de Manuel Antonio Artigas, que se dispersaron por el campo. Lo confirma el jefe patriota Bartolomé Quinteros, que quedara al mando de las Milicias de Caballería al ser herido su comandante, el capitán del Regimiento de América corroborando así lo escrito en su Diario por el sargento Rodríguez.

Quinteros describe en estos términos el tiroteo en su parte del combate de San José enviado al teniente coronel José Artigas, 2° jefe interino del Ejército al mando del general Manuel Belgrano, que por esos días tenía establecido su cuartel general en Mercedes. Modernizamos la ortografía de este fragmento del documento respectivo.

''Hago presente a Vmd., que a pesar del desorden del 23, en la división del mando del Capitán de



2) Plano de los campos de Miguel Ignacio de la Quadra, comprendidos entre los arroyos de San José, San Gregorio, Maciel, el río Yí y Porongos. Asimismo los terrenos de Chamizo y Carreta Quemada. Figura en él la estancia de Ventura Durán, que luego de su fallecimiento (1787) fuera de su hija Matilde Durán y Mas de Ayala. Hasta allí llegaron el 23 de abril de 1811 las fuerzas españolas comandadas por el Tte. Cnel. Joaquín Gayón y Bustamante, desde donde regresaron a San José, que tomaron ''a punta de bayoneta'' pese a ser hostilizadas por los patriotas de Manuel Antonio Artigas. El plano fue levantado en fecha anterior a la fundación de San José y registra los caminos existentes en la región y la fecha en que fueron levantadas las estancias y los puestos. (ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Archivo Juan José Durán - Carpeta N° 3).

América, y yo que tuve el honor de ser su allegado en todas estas funciones; después de haber tomado este Pueblo salimos a encontrar este refuerzo mandado por dos Tenientes Coroneles, el Edecán del S.or Elío y el Preboste, no pudiendo contener las Tropas que se nos esparcieron por aquel Campo; fue indispensable sujetarla tras de los caballos con recado, y de los que disparaban de ellos, que para reunir estas Tropas no tuvimos lugar, pues el enemigo formó su cuadro a pie con el Cañón en medio hasta que tomó la Villa donde los sitiamos hasta que llegó D.n Venancio Benavidez a auxiliarnos con sus Tropas."

La toma de San José por los patriotas será el preludio de la batalla de Las Piedras, de tanta trascendencia para la culminación victoriosa del fervoroso levantamiento campesino.

Aníbal BARRIOS PINTOS

Especial para EL DIA

1) Para el estudio del supuesto combate del Paso del Rey se han utilizado: RODRIGUEZ, Esteban "Diario o noticias particulares acaecidas en la Partida que salió de Montevideo al mando de Bustamante su número de 25 soldados, reclutas de 25 días de servicio un teniente y un sargento; y cuatro artilleros y un cabo; con una pieza de a cuatro reforzada, con sus municiones correspondientes", publicado parcialmente por el autor de este artículo en el suplemento dominical de EL DIA en su edición del 26 de agosto de 1968 con el título "revelaciones de un diario inédito, El combate de San José" y también en "Cronistas de la Tierra Purpúrea, Ediciones de la Banda Oriental, Mont., 1968 / ARCHIVO ARTIGAS, tomo cuatro, Mont., 1953, págs. 330-331 y 372-373 / tomo séptimo, págs. 151 y 159-161, Mont., 1966 / Revista Trimestral do Instituto Histórico Geographico e Etnografico do Brasil, tomo XLI, parte primera, Río de Janeiro, 1878, págs. 344-347, documento publicado parcialmente y traducido al castellano por el historiador Francisco Bauzá en su obra "Historia de la dominación española en el Uruguay" / GARCIA, Flavio A. Notas biográficas del general Dn. Fructuoso Rivera, en Boletín Histórico, N° 104-105, enero - junio de 1965, Mont., 1965, págs. 230 y 248 / RAMELA, Daniel - San José en la Revolución de Mayo (I), en "Los Principios", San José, 6 de abril de 1974.

El profesor universitario:

¿Por qué no pensar sin prisa sobre la Universidad? He escrito, en frase tan sencilla, dos palabras que me parecen decisivas y que, tomadas en serio, representarían una profunda innovación; casi serían revolucionarias. Por una parte, pensar —lo que el hombre de nuestra época rehúye más, lo que elude constantemente— por otra, sin prisa, cuando todo el mundo anda apresurado, y usa como consigna "¡Ahora!", y quizá por eso todo es desesperantemente lento y nunca acaba de hacerse. Cuando se habla de la Universidad — acompañada de las palabras 'crisis', 'problema'', 'decadencia' y otras análogas—, casi siempre se habla de leyes; y si no, de estadísticas, porcentajes, representaciones, presupuestos. Sin perjuicio de tocar otro día aspectos distintos, quiero hablar hoy simplemente de un ingrediente de la Universidad que me parece esencial: el profesor.

Lo he sido muchas veces, siempre de manera transitoria, en diversos países; en la Universidad española, solamente desde hace tres años; mi experiencia, pues, lejos de reducirse a nuestro país, lo incluye marginalmente. Lo que voy a decir no debe, por tanto, entenderse primariamente del profesor español, aunque también a él puede aplicarse. Y hay que hacer, eso sí, una limitación cronológioca: hay una diferencia sensible entre los mayores de sesenta años y los más jóvenes; como pienso sobre todo en estos, me refiero a una variedad que es ya inmensamente mayoritaria; dentro de ella, sus caracteres se van acentuando con el paso de las generaciones.

Lo que aquí me interesa no es primariamente el saber, la competencia o la dedicación de los profesores; todo esto me parece menos importante que algo previo: el tipo humano del profesor. Siempre me ha sorprendido cómo, a medida que las profesiones se han multiplicado y diversificado, los tipos humano se han ido simplificando y homogeneizando. Mientras en la época romántica, por ejemplo, a cada profesión u oficio correspondía una variedad del modo de ser hombre o mujer, al acercarnos al final del siglo XX son muy variadas las profesiones desempeñadas por personas sumamente semejantes entre sí; lo cual hace pensar que se abrazan por razones que no brotan del fondo de cada uno; o, lo que también es inquietante, que no influyen en la persona que las ejerce, no la transforman y configuran. Parece, pues, que hay una zona de distancia — acaso de indiferencia— entre la persona y su profesión.

Con muchas excepciones —muchas, pero siempre excepciones— cuando me encuentro con profesores universitarios, sobre todo en grupo, tengo la impresión de que pertenecen a una variedad humana distinta de la mía y de la que anteriormente reconocía como afín. ¿Por qué? No me parecen estrictamente "intelectuales", para emplear una palabra impropia y azorante, pero que ha adquirido una significación bastante precisa en nuestro siglo. Son tal vez muy competentes, pero la palabra "competencia" no es de las primeras que se hubieran ocurrido para calificar a un profesor. Pueden ser eficaces, pero tendría que decir lo mismo. El intelectual es el hombre —o la mujer— que siente interés desinteresado por muchas cosas, especialmente de aquellas que ni le van ni le vienen. Un viejo profesor alemán amigo mío me dijo hace muchos años, y no lo he olvidado: "A mí me gustan las personas que no son enteramente de este mundo". La palabra decisiva es el adverbio: enteramente, porque todos somos de este mundo.

El intelectual no es enteramente de este mundo; se siente atraído por cosas que no lo llevan a ninguna parte; se apasiona por lo que no lo afecta — por lo que no lo afecta más que apasionándolo, que no es floja afección— tiene curiosidad por lo que es ajeno a su ocupación; se hace preguntas, aunque sospeche que no va a encontrar respuesta. Sobre todo, tiene una viva fruición por ese mundo extraño que se llama las ideas.

Hemos conocido profesores que no sabían demasiado; que eran desordenados, arbitrarios, incoherentes y hasta un poco chiflados; de algunos de ellos, a pesar de todo, tengo un recuerdo entrañable y no poca gratitud. No puedo decir que me enseñaran mucho; pero me enseñaron, me mostraron, la disciplina que debían enseñar, y acaso otras. Me descubrieron lo que es la vida intelectual o alguna de sus ramas: el arte, o la literatura, o la biología, o una cultura clásica o extranjera. Podría decir que de sus cursos se desprendía esta consecuencia: "Así es como no debe enseñarse eso de que estoy hablando, que estoy poniendo ante vuestros ojos". Entonces se podía seguir: se podían leer los libros en que aquello se había realizado mejor; se iba al museo a ver los cuadros con que aquel profesor nos había encandilado sin esclarecerlos; se buscaba a otros maestros que cumplieran con rigor las condiciones que aquel, tan deficiente, nos había hecho desear.

Creo que esta palabra que acabo de escribir es decisiva. El profesor tiene que despertar deseos, aunque no pueda satisfacerlos. Deseo de saber, sin duda; más aún, deseo de ver, de mirar, de preguntarse, de quedarse perplejo, de moverse en un mundo mágico, que el joven casi siempre desconoce, y que el profesor descubre, entreabriendo una puerta, quizá sin atreverse a franquearla él mismo.

Contagiar el pensamiento, pensando ante los estudiantes y con ellos, es la función primordial del profesor, la única que justifica su existencia. Si no, ¿para qué? Hay libros y ensayos y artículos y mapas y bancos de datos. Todo está mejor y más completo en ellos. Lo que no está es el entusiasmo, el gusto por las cosas, esa fruición de que antes hablaba. En esos materiales no hay respeto, ni veneración, ni ese sacro estremecimiento que suscita la verdad entrevista o recién descubierta.

Esto es lo que me parece poco frecuente entre las últimas generaciones de profesores. Sin duda tienen virtudes que escaseban antes, que no poseen los más viejos. Se mueven con seguridad entre las más complejas y encopetadas bibliografías, manejan estadísticas y aparatos electrónicos, conocen los títulos de los artículos recién publicados en otros países sobre su especialidad. Pero me pregunto si tienen en sus casas tantos libros como los viejos y pobres profesores de otro tiempo; si los leen con tanto placer, a deshora, en vez de acostarse; si echan miradas curiosas, deseosas, a cuestiones que no son de su especialidad. En algunos casos, por supuesto; pero temo que no los suficientes para que se realice con plenitud esa delicada y problemática función que es la vida universitaria; la cual requiere ser, antes que toda otra cosa, vida.

Mi temor es que el tipo humano del profesor vaya siendo otro, más próximo al técnico, al "ejecutivo", al funcionario. Sin contar con el peligro de que se deslice hacia las funciones de adoctrinamiento o proselitismo. Las causas de estas variaciones son muy diferentes según los países y las fases de un proceso iniciado hace cosa de medio siglo. Sería interesante preguntarse por ellas, pero lo primero es tener una imagen clara de la realidad cuestionable.

Y quiero añadir que algo de esto se podría generalizar a todo profesor. Yo tuve dos maestros de primeras letras en el colegio —en un modestísimo colegio sin pretensiones— no sé si sabían mucho; sospecho que no. Pero recuerdo muy bien sus rostros, sus gestos, sus nombres: don Juan Sánchez, don Nemesio Priego. Hace ya sesenta años: por algo será.

Julián Marías

La magnífica poesía persa

(923-1391)



Pese a las muy deficientes condiciones de salubridad e higiene de su época —y más en un país de Oriente y en sus numerosos viajes a pie— el gran poeta Saadi vivió más de un siglo. Había nacido en Chiraz —la ciudad de las rosas— en 1184 y falleció en 1291. Su verdadero nombre era Monharrif-ed-Din. Saadi fue nombre que se le dio por el hecho de que su padre era oficial al servicio del príncipe Saad (Saadi, dependiente de Saad).

Por sus obras Gulistan (El jardín de las rosas) y Bustal (El jardín de los frutos) Saadi está considerado el mayor poeta de Persia. Pese a mi gran admiración por su obra y su personalidad, no comparto esta opinión, pues creo que Hafiz y Omar Khayyam lo superan en mayor vuelo lírico y quizá en mayor representación del alma persa. Saadi fue muy talentoso. Sus poemas son más bien narrativos (poemas-cuentos o cuentos-poemas) ricos en ironía, ingenio y sentido ético. Saadi fue en ellos una especie de precursor —varios siglos "avant la lettre"— de la filosofía positivista (pues era también un filósofo que sabía interpretar la realidad y poseía, además de su bello idealismo, una gran sentido práctico, raro en un poeta). Veamos algunos de sus fragmentos: como ignoro el idioma original recurriré a una traducción al francés que —a mi vez— verteré a nuestro idioma. Elegiré la mejor y más fiel de las versiones europeas, las del orientalista y escritor Franz Toussaint. He aquí "Las palomas" que en la obra "Gulistan" lleva el subtítulo de "vigésima sexta historia" (y no poema): "Esa mañana, en un jardín de Bagdad, dos palomas arrullaban sus quejas amorosas a la nueva primavera. Mi amiga apoyó su cabeza en mi hombro y me dijo: Mi alma está tan pesada de felicidad como una rama cargada de frutos. Pero escucha el canto de esas palomas... ¿No estarán anunciando que un día tendremos que separarnos?

Y le contesté: ¿Por qué al aspirar una rosa, pensar en su efímera belleza? Conserva el recuerdo del perfume de la rosa y te será fácil olvidar que está marchita."

Como puede verse, más que poemas las páginas de Saadi son a manera de apólogos o de breves parábolas. Y es que, siendo un auténtico poeta —por su sensibilidad, su inspiración y su gracia— este persa era también narrador y filósofo.

Asimismo, la página que he traducido demuestra que Saadi es un hermano de Omar Khayyam y de Háfiz en esa certidumbre de que es preciso gozar del momento presente, sin preocupaciones por el futuro. Pero los otros dos poetas han expresado esa idea con más imaginación y lirismo.

Integrada al sufismo —esa doctrina mahometana de un misticismo panteísta que tiene un gran ascetismo— Saadi luchó por sus ideas en su combate contra las de los francos en el Asia menor y contra los sectarios de Brahma en tierra indostánica.

En su época los poetas recibían pensiones que les acordaban los monarcas o los grandes señores persas. Es natural que ello motivara gratitud —y adulonería también— de parte del beneficiado. ¿Qué sentimiento dictó la opulenta dedicatoria que Saadi estampó al comienzo de su Gulistán? Dice así: "Terminaré este libro cuando el rey, que es la sombra de Dios sobre la tierra, el vencedor de todos nuestros enemigos, la antorcha de la religión eminente, es decir Saad, hijo del rey de los reyes árabes, sultán del mar y de la tierra, heredero de Salomón, Mozhaffer, Eudunia Queddin Abou Bekr Ebn Saad Ebn Zenghi se haya dignado anunciarme que lo leerá".

Saadi viajó mucho, aun en su vejez. Fue a pie desde Chiraz a Siria, el Yemen y a Hedjaz con el único y exquisito fin de poder escuchar en su acento auténtico, los muy bellos y famosos poemas árabes anteriores al Korán.

Además, bueno es recordar que sus pensamientos sueltos se hicieron tan populares que pasaron a integrar el folklore, no sólo de Oriente sino también de Occidente.

Suyo es aquel consejo que tanto se repite como obra anónima: "Sé como el sándalo, que perfuma la mano que lo hiere".

Su obra completa se reunió en un tomo titulado "Kulliat". No creemos que su autor sea superior a Háfiz u Omar Khayyam. Pero, de cualquier manera, es un gran poeta. Y casi tan sabio como Salomón.

وقال ايضا خامس عشر 12

عفا الله عنه ورحمه

II.- El Llamado

Saadi, Háfiz, El-Rumí y Omar Khayyan: ¡venid a mí, sed mis amigos!

Mi corazón es una copa vacía, en la fatiga de una ciudad moderna, de una ciudad del número, del reloj y del asfalto.

Quiero un corazón como el vuestro, embriagado del vino luminoso de vuestros cantos, un corazón desbordante del néctar luminoso de la hora fugaz.

El-Rumí, Omar Khayyan, Háfiz y Saadi: puesto que sois magos de la dulzura de vivir: alejad de mi alma las melancolías, los temores, las nostalgias.

Llenad mi corazón con los rubíes de ese vino que simboliza el amor a la vida, el amor al amor: el



vino de tus rubaiyat, el vino de tus gacelas, el vino de tu jardín de rosas.

Quiero escuchar cada mañana el consejo vuestro, Háfiz, Saadi, Omar Khayyam, El-Rumí.

Ese consejo que dice sabiamente: No pienses más en las cosas vanas. Pon reposo en tu vida. En el alba tierna, bebe tu vino. Bebe tu vino en la noche serena.

Bebe tu vino, pues la luna se cansará de platear durante siglos tu negro sepulcro, que ya existe en algún lugar.

Esta es todavía la hora oportuna. Debo saber aprovecharla. El tiempo me devora. El tiempo es mi gran enemigo, mi implacable enemigo. Más tarde —pronto— nada será bueno, nada existirá.

¡Oh magníficos poetas que conocísteis los grandes ojos de las huríes y las lilas de los vergeles de Chiraz y la luna de Nishapur y de Hamandan: ¡qué vuestra voz clara venga a liberarme de este tedio de un día y otro día!

III.- De Omar Khayyam

Este vaso era, como yo, un amante infeliz encadenado por la cabellera de una mujer. El asa que ves en su garganta era la mano que se apoyaba en el cuello de la bienamada.

——————

La nube primaveral ha lavado el rostro de la amapola. Levántate, alarga tu mano hacia la copa de vino. Este verdor que hoy contemplas, florecerá mañana sobre tu polvo.

——————

El mundo que une un pesar a otro pesar no crea a un ser sino después de haber destruido a otro. Y si los que todavía no existen conocieran nuestros sufrimientos, se guardarían de venir al mundo.

——————

Sobre el tapiz de la tierra veo gente dormida; bajo la tierra veo gente sepultada. Mientras contemplo el desierto de la Nada, veo a los que todavía no han llegado y a los que ya partieron.

——————

El que ha creado la Tierra y el cielo de los cielos, ¡cuántos dolores quemantes ha puesto en el corazón del hombre! ¡Cuántos labios como rubí, cuántas cabelleras como almizcle ha ocultado en el seno de la Tierra!

——————

Mi ley es el vino y el buen humor; mi religión, la indiferencia a la fe y a la duda.

He preguntado a mi amada (que es el mundo): —¿Qué dote quieres?

Ella me ha contestado: —Tu corazón alegre es mi dote.

(Traducción —indirecta— de G.F.)

IV.- Invitación

1.

El rosicler de la aurora va creciendo, va venciendo lentamente
[a las sombras.
Los pájaros cantan y cantan, ebrios de gozo.
Un nuevo día se desparrama sobre la tierra.
¡Oh Firdusí, bebamos a tu gloria!

2.

El mediodía de cristal azul rutila implacable.
Danzan y trabajan las abejas de oro, trabajan y danzan.
Canta la cigarra incansablemente, canta la delicia del ocio.
¡Oh Firdusí, bebamos a tu gloria!

3.

¡Qué melancólico el adiós del día!
Su púrpura se extiende en los prados silentes.
Los rebaños regresan, en la infinita paz.
¡Oh Firdusí, bebamos a tu gloria!

4.

La medianoche hace grandes zafiros de los valles y de las montañas.
A lo lejos vacilan luces temblorosas.
La luna es un redondo tatuaje en la espalda de una bayadera.
¡Oh Abul Casim Mansur bem Alemed, o inmortal Firdusí,
[bebamos a tu gloria!

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Arte Urugu
el Museo N

Nuevas salas para

El Museo Nacional de Artes Plásticas se ve renovado.

Con amplias salas nuevas, ganadas al espacio de los fondos del edificio.

Una obra que se necesitaba urgentemente. Que aún podría alentarse a seguir. Porque creemos que espacio no falta para programar un gran museo.

Esta etapa, que el director, Sr. Angel Kalemberg ha logrado concretar, funciona ya. **Con una Gran Exposición de Arte Uruguayo.**

Que renueva la colección estable que desde tiempo figuraba. Y que con tal amplitud de sus salas, logran ubicar la obra de artistas que poco se conocían en su producción máxima, cual es la que pertenece al acervo del Instituto.

Los **Grandes Maestros** siguen inconmovibles como debe ser. "Desde Blanes a nuestros días", podríamos reiterar la muestra, aunque doblemos un título ya empleado en alguna exposición pasada. Nunca mejor que en la presente se apoya con los elementos justos para con todos los artistas nacionales. Porque el museo llenó sus salas con la



El sentido de la composición se advierte en este cuadro de Barradas, incorporado nuevamente a las salas.



"El Labriego", estudio de Carlos María Herr
da pintura que acredita sus virtudes de Mae
llegaron con sus maravillosas figuras al paste



"Pericón", de Pedro Figari. Movidas y graciosas figuras del gran colorista uruguayo, que conmoviera con su nueva visión de Montevideo antiguo.

ayo en
acional

u acervo

pintura, escultura, grabado y dibujo que produjeron, y que debe conocer el público y el estudioso, el artista, y el turista que nos visita y desea cerciorarse cómo y en qué carácter se desenvuelve el arte uruguayo.

Un museo es la representación cultural más amplia visualmente que puede ofrecer un país. No dudamos que, aunque faltan piezas de reconocida solvencia, que según su director serán alternadas a su tiempo, la presente afirma los rastros de una plástica que, aunque con bases europeas en sus estudios, sostienen una especial vivencia de particular riqueza sensible a la fuerte realidad plástica de nuestros autores.

En la planta baja se muestran una mayoría de obras de destacados artistas, pintores, grabadores, dibujantes, que tuvieron que ver en todo el desarrollo que la era moderna trajo con su convulsión de los "ismos", con su renacimiento, con la propia academia acicalada, con la expresionista expansión arraigada en obras que siguen al surrealismo. La etapa de Torres García y sus discípulos más importantes, como Gurvich, conjuntan una elocuente calidad, que nos lleva de uno a otro confin del registro más cambiante que tuvo Uruguay dentro de la individualidad pictórica. Que jugaba en parte con las escuelas y movimientos traídos desde la lejana Europa.

Por otra parte, observando la distribución donde aparecen piezas de gran valor encontramos, aún más importante, las "Lunas" de Cúneo, por ejemplo. Una profunda realidad subjetiva que vence al tiempo y se adelanta a poblarla con elementos nuestros.

De Simone, en su modesta tela y en el gran pintor que dota a la misma de las corrientes empastadas que irían luego con el "informalismo" a desentrañar el temor al color y a su ubicación en la tela. Puntos concretos que contrastan.



*Esta calle de De Simone le sitúa entre nuestros importantes pintores. El empaste, la realidad de su interpretación, modelan casi al tacto una pintura que se adelantaba a lo que fue luego la **suelta "Informal"**.*

Más grande que nunca aparece ese magistral retrato de Blanes "Carlota Ferreira". Es un retrato que en su época y aún hoy, posee una audacia de tremenda riqueza colorista y tonal. Blanco sobre blanco. Un hacer creador. Pintado con la ansiosa vitalidad de quien desea prender un fuego escondido en la densa mirada de una matrona de altanera expresión.

La desbordante Mallorca de Blanes Viale. Un embriagador colorido. Fresco, alegre, feliz, derrama sus pinceladas con grueso empaste. La naturaleza hace lo demás. Los cielos azules y los blancos y verdes, entonan su armonía poética.

La serie de Carlos F. Sáez, con el retrato del Dr. C. Muñoz fortifica en cada presentación del Museo, un caso genial íntegro. Un "manchista" por encima de los más cotizados maestros de la Escuela Italiana.

Noble belleza de composición Torres García en "Las lavanderas".

Parece la obra de un clásico. Por la manera con que están ligadas las escenas y los planos. Porque el artista ha dado a sus drapeados una corriente simple pero alternada a los efectos de la luz y la sombra. Toda una entonación. Como quería el Maestro, como lo predicara siempre. Sólida "N. Muerta" se expone por vez primera.

VUELVE AL MUSEO EL CUADRO "LA FIEBRE AMARILLA"

Este gran cuadro, que supone una de las obras más importantes en su género del máximo pintor uruguayo Juan Manuel Blanes, aporta una concepción idealista, sin evadir la tremenda realidad que representa. El boceto que conocemos (Museo Histórico) es una cruda escena con más dramatismo visual. El pintor supo depurar aquella, su primera impresión, para ofrecernos esta rica visión de intensas facetas dramáticas, al tiempo que se mira con ternura, sin rechazar, sin molestar, aún cuando



"Las Lavanderas", una de las obras más significativas de una época de Torres García inspirada en un clasicismo de moderna creación.

todo se une para integrar el símbolo de años de incertidumbre y dolor.

Y saltemos al "Paisaje" de Laroche. Un paisajista que tuvo en sus manos la poesía de nuestros campos. Su arte, tan personal, se enriquece con el tiempo. Una especial manera de plantear sus posibilidades expresivas. La masa de árboles, las copas verdes o doradas, los cielos claros, contrastan con una factura densa y cambiante. Dan la tónica a un pintor que deja un historial con pinceladas que se convierten en una oración; ya del alba, ya del atardecer, o del sol radiante del mediodía. Fuerte estudio de Carlos María Herrera, "El Labriego". Se le conoce por sus retratos al pastel (especialmente), donde fue maestro. Pero quien estudie esta pieza, comprenderá por qué se llegó a estimar su ensoñada belleza de una época de retratista. Figura tratada a todo rigor de toque y pincelada justa, se convierte en una pintura de las más importantes del admirado pintor.



"Paisaje, de Ernesto Laroche: poesía del campo en la visión de un fino colorista.

EL MOVIMIENTO DE FIGARI

Una serie de Figari, con su inconfundible riqueza de matices, con sus motivaciones más originales aún, se proyectan con la gracia y el recuerdo de una época autóctona, que, al ser histórica, revela también que la vivencia de un clarividente artista, ejecutante imaginativo, se conecta con sus recuerdos y los renueva con expresionistas facetas figurativas.



"Una escena de la Fiebre amarilla en Buenos Aires" de Blanes, cuadro que en su época causó sensación y fuera expuesto en ambas márgenes del Plata. Una interpretación simbólica casi sin apartarse de la dramática escena real.



Una de las más hemosas "LUNAS" de Cúneo. Visión surrealista ubicada en el terreno fértil del espacio que ya anunciaba el acercamiento del hombre a su suelo.

BARRADAS LA INQUIETUD DEL RITMO

Barradas, con sus composiciones coloristas manchadas a lijera pasta. Apuradas para que no se borren de ese hálito fugaz con que el pintor desea plasmar la vibración y el ritmo. O cuando se detiene en "Los Magníficos". Tipos que, casi marmóreos, quedan mirando sin ojos la grandeza de un artista único, personal, revelador de imágenes depuradas al máximo. Sintesis apenas visible en la cambiante realidad de la forma. Pero sí muy distintas y estilizadas en su interpretación plástica. Su infalible don de composisión...

Y una sala dedicada a sus acuarelas y dibujos. Una sala nueva, con una colección de ensayos, apuntes, manchas, y cuadros con carácter.

Carmelo de Arzádun, en su etapa luminista. Junto a Cúneo y Laborde. Este, con un recordado cuadro de jugadores de tenis, que llevara a gran dimensión, y que fuera presentado en el Primer Salón Nacional. Una figura de Laborde manificamente realizada. Sería muy largo enumerar todas las obras (380), en la que se incluyen los artistas jóvenes junto a los ya consagrados como Vicente Martín, Damiani, Prevosti, y tantos más que mantendrán el interés de un museo que posee una gran sala de escultura, y exhibe grabados que comentaremos en próxima nota.

Eduardo VERNAZZA



"Retrato de Carlota Ferreira" de Blanes a nuestro entender, la máxima obra en su género (junto al de la madre), en la que pone todo el talento prendido a la exigencia de una sensibilidad agudizada por un momento crítico que vivía el artista.



"Retrato de J. C. Muñoz", obra de Carlos F. Saez, genial pintor que falleciera de los 22 años, dejando una obra ya madura.

De Moro a Marx

En Londres murió en 1535 Tomás Moro, y en Londres Carlos Marx en 1883. Representan el uno la primera formulación del comunismo en los tiempos modernos, el otro su presentación final. Moro es venerado como un santo en los altares de la iglesia de Dios. Marx recibe el culto de los materialistas en la iglesia de los ateos. A Moro le cortaron la cabeza por no reconocer el poder espiritual del rey. Marx murió en su cama, casi sin amigos que lo llevaran al cementerio. En todo caso, las cosas ocurrieron en Londres. ¿Por qué en Londres? Sencillamente por ser Londres la ciudad más grande del mundo, e Inglaterra la nación cuna de la grande industria y del capital privado. Moro vio nacer una industria que despojó a los campesinos de sus tierras para dejarlas como campos de ovejas —se necesitaba mucha lana para alimentar los telares, y se comenzó por esquilar a los campesinos. La ciudad fue llenándose de tugurios infectos. Allí las noches eran más largas y los inviernos más helados. Moro condenó la injusticia en términos de santo indignado. Señaló los males de la propiedad privada. Lenin recordaba al fundador del comunismo por su denuncia del oro como instrumento de cambio, y anunciaba un mundo futuro en donde de oro se harían los vasos de noche.

A Marx correspondió hacer el inventario grande. Inglaterra había crecido desmesuradamente. De la entraña de las minas de carbón salían los ferrocarriles con máquinas a todo vapor. Se convirtió la isla en una red de caminos de fierro. Su flota mercante —la más grande del siglo— nació de otra industria: la de los negreros. Los príncipes africanos cazaban esclavos en sus bosques para venderlos en el mercado de Cabo Verde. Los ingleses se los pagaban con aguardiente y pólvora y los revendían en Cartagena o Nueva Orleans. Se hicieron así los capitales que alentaron la flota. Los europeos del continente veían con admiración, envidia y miedo el imperio que así surgía, y Marx, judío alemán inclinado al estudio, se dio cuenta de que había un laboratorio único para estudiar el proceso social y la formación de las clases que había diseñado Tomás Moro: Londres.

Londres era monstruosa: ¡un millón de habitantes! El tamaño, hoy, de un barrio en Bogotá. Bogotá tiene cinco o seis veces los habitantes de Londres al terminar el setecientos. Todas las teorías de la revolución y los gritos tenían que salir de Inglaterra, y Londres pasó a ser capital de las revoluciones del mundo. En ningún otro sitio del planeta se presentaba lo de las desigualdades humanas tan patente como allá. Eso no hay que leerlo en los libros gruesos de los economistas sino en las novelas. En Dickens. Voltaire y Montesquieu sacaron ímpetus para escribir sus primeros ensayos de sus visitas a Londres. Marx vería con infinito desdén a los filósofos alemanes que seguían moviéndose por un cielo de nubes blancas. Los románticos ingleses fueron los primeros en añorar la naturaleza verde perdida. Rousseau viene muy tarde como ecólogo. Primero estuvieron los románticos de Escocia o Inglaterra. El Angelus que pintó en nuestro siglo Millet, —toda una imagen socialista y cristiana del campo— tiene al fondo un recuerdo de siglos: las páginas de la Utopía.

El libro de la gran denuncia de Tomás Moro suma apenas un centenar de páginas emocionantes. ¿Se puede comparar con el gran adoquín del Capital? Curiosamente, en toda la filosofía de Europa no se ha inventado una palabra tan feliz como Utopía. Hoy decimos utopía cien veces al día, en todo el mundo, porque es como el alma de una ilusión que no muere. La palabra la inventó en una noche Tomás Moro. Sabía bien su griego, y juntó unas raíces que no quisieran decir nada. No hay nada más nada que una Utopía. Y sin embargo la Utopía determinó el desplazamiento más grande de la historia. Los europeos dejaron su tierra para venir a América, presentida como el Continente para los hombres libres... Lo inventó Moro pensando en Brasil... La grande ilusión de Marx estaría en promover una movilización obrera dentro del mundo que estaba descubriendo en las entrañas de Londres. Me parece que son demasiado olvidadizos quienes escribiendo ahora toneladas sobre Marx ignoran al santo precursor.

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)

La plaza Mayor, umbral del Madrid castizo

La Plaza Mayor, umbral del Madrid castizo. Existe el Madrid de don Benito Pérez Galdós, el de don Ramón de la Cruz, el de don Carlos Arniches... Existen tantos Madriles...

Pero el Madrid que encierran estos nombres que voy a escribir, ¿qué nos recuerda? Veamos. Calles de Esparteros, de Postas, de la Sal, de San Cristóbal, y del Vicario Viejo, núcleo urbano que se yergue entre la Puerta del Sol, la Plaza Mayor y la de Santa Cruz, donde se halla el Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Qué? Y, apenas formulada la pregunta, brota en la memoria un título: "FORTUNATA Y JACINTA", la entrañable obra de Galdós, quien, luego de Cervantes, es, sin ninguna duda, el principal novelista de habla española.

Por entre aquel dédalo maravilloso, y, directamente, por la calle de Zaragoza, nos hemos adentrado hoy en la histórica Plaza Mayor. La Plaza Mayor es el Paraíso. Antes no había sino eso, el Paraíso. Ahora, debajo del Paraíso, está el Infierno, quiero decir el subsuelo que ahueca toda la Plaza y que sirve de aparcamiento de autos. Entrar en la Plaza es nacer; hundirse en el subsuelo es morir. Abajo, luz fulgurante de neón. Arriba, cernida luz del Padre Sol. Alguien, docto en madrileñismo, ha asegurado: "Al entrar en la Plaza Mayor, no pensamos la historia; la experimentamos, la percibimos viva, la sentimos rebullier en torno, gravitar sobre nuestra sensibilidad, como algo que vive aún en contacto con nuestro espíritu". Y es verdad. Pisar las losas de la Plaza Mayor, pasar y repasar por sus diez puertas —la de Ciudad Rodrigo, la del Siete de Julio, la del Arco del Triunfo, la de Felipe III, la de la Sal, la de Zaragoza, la de Gerona, la de Botoneras, la de Toledo y la del Arco de Cuchilleros, vías augustas—, meterse por debajo de sus soportales y sus arcos de medio punto, contemplar sus escaparates, es retrotraerse en el tiempo, es convertirse en un madrileño de los de don Benito, con capa, con sombrero hongo, con chaqueta ceñida y pantalones acañutados; con andar pausado, y rítmico, y sandunguero; con ínfulas de señorío, aunque la miseria hiciese de las suyas.

La Plaza Mayor es estuche cuadrilongo de piedra bajo el cielo, por donde, antaño, ¿circulaban?, no, cuadraban, dice Unamuno refiriéndose a la de Salamanca, rectangulaban, diré yo refiriéndome a la de Madrid, los jóvenes, y los no tan jóvenes, y los talluditos, y todo bicho viviente; la Plaza Mayor madrileña representa a una capital de España que pasó, a un Madrid chulapo y guasón que ha desaparecido en la vorágine de la vida moderna. Aquel Madrid, aquella España, aquel mundo, cobraron su mayor brillo con el rey Felipe III, que hizo construir la Plaza en 1619, después de convertida la Villa en Corte, y conservaron su esplendor hasta Carlos IV, el felón que lustrara lameronamente las botas a Bonaparte. Sí, porque, a partir de entonces, la Plaza Mayor deja de ser el centro de la ciudad, que se esparranca lentamente, más allá de la Puerta del Sol, en todas direcciones.

Esta hermosa Plaza Mayor madrileña da la sensación, en efecto, de algo muerto que sin embargo vive. Uno se ve a sí mismo también en trance de muerte-vida. ¿Por qué unos sublimes versos de Unamuno —de don Miguel de Unamuno y Jugo, como el vascocastellano se firmara a ratos—, que el gran, el imponente poeta —Unamuno lo fue, antes que catedrático de Griego, antes que novelista, antes que articulista—, traveseando, puso en boca de "un poeta desconocido" para cantar los amores de Teresa y Rafael, me vienen a las mientes? Los versos son tan de él, tan intransferiblemente de él —suavidad áspera, amarga dulzura—, que el lector descubre a las primeras de cambio el artificio literario:

"Pronto irás también tú, corazón mío,
a la casa de tierra del reposo
que nunca acaba; me lo dice el frío
que ya te cerca; pronto el triste coso
del mundo dejarás.
¡Qué poco a poco cuentas los instantes
que van pasando, y hasta se te olvida
contarlos, a las veces; no como antes,
que corrías delante de la vida
que ahora arrastras detrás!
Lates ya por deber, pero sin gana;
se sumió la esperanza en la memoria
del ayer en que estriba tu mañana,
y quieres enterrarte con la historia,
mi pobre corazón.
Finado el manantial de tu corriente,
poco a poco se apaga tu latido,
que el arroyo se seca sin la fuente
y perdió ya tu vida su sentido,
perdida tu misión.
Como no vives más que en el pasado
que hacia el pasado sin cesar se alarga,
remontas la corriente contra el hado
común de los mortales y la carga
de nuestra soledad.
Llegas al "¡Hágase la luz!", primera
palabra del eterno Amor, y al verte,
en el principio, antes que nada fuera,
sintiendo cómo el tiempo sólo es muerte,
gustas la eternidad.
Que te viene la luz de las entrañas
de la tierra que cubre sus despojos,
que ya con pareceres no te engañas,
que están viendo la vida con sus ojos
que dejaron de ver.
Que te estás recogiendo en la semilla
que de ti Dios guardaba con la de ella,
que en el camino de Santiago brilla
perdida entre infinitas nuestra estrella,
la de nuestro querer.
Corazón, se te va apagando el fuego
pero tu luz se aclara con el frío,
pronto el Amor se rendirá a tu ruego,
pronto descansarás, corazón mío,
en el eterno Amor.
Muy pronto has de entregar al fin tu obra
cumpliendo la misión de resignarte,
que todo lo demás está de sobra,
pronto en lo eterno te dará la parte
que te marcó el Señor".

¿Está uno muriendo como parece muerta la Plaza? ¿O muere porque no muere, cual Santa Teresa?

Sea como sea la Plaza Mayor, esta Plaza Mayor, ha visto muchas cosas, ha visto, luego de las Cortes de Cádiz, proclamar con entusiasmo la Constitución, y ha visto cómo la cambiaban repetidamente de nombre —Plaza de la Constitución, Plaza Real, Plaza de la República, Plaza de la República Federal, y, de nuevo, Plaza Mayor—, y ha presenciado las solemnidades del Santo Oficio. La Plaza Mayor lo ha conocido todo: beatificaciones, comedias al aire libre, procesiones espectaculares, corridas de toros, fiestas de cañas, condenas a la hoguera, autos de fe, y hasta la degollación de un tal Carlos Padilla y un tal Marqués de la Vega, por conspirar ambos contra el rey.

¿Qué no ha visto, qué no ha conocido la Plaza Mayor? En 1680, veintiún judaizantes fueron quemados vivos, Felipe V, Fernando VI y Carlos IV, se proclamaron reyes en ella, y hubo incendios pavorosos que la estremecieron. Felipe V ordena construir un balcón voladizo en la célebre Casa de Panadería. Desde ese balcón contemplaba el monarca lo mismo las corridas de toros que los autos de fe. El boato real, la miseria popular, los actos más viles, los más nobles, se han codeado en ese minimundo que rodea 68 casas de tres pisos y entresuelos, donde vivían o vegetaban 3700 vecinos. La vida y la muerte se abrazaron en la Plaza Mayor, fueron espectáculos familiares que se alternaban con una crueldad inconcebible.

Con árboles, sin árboles, con fuentes, sin fuentes, con agua, sin agua, con tranvías, sin tranvías, con la estatua ecuestre de Felipe III en bronce o sin la estatua, la Plaza Mayor ha sido un fanal donde sonaron los latidos de un pueblo misterioso, fanático, ejemplar, acanallado, según, que, cuando está en paz, enamora, y, cuando se enfurece, horroriza.

He sentido de pronto la imperiosa necesidad de ir por el Arco de Cuchilleros a la calle del mismo nombre y la Cava Baja. Es como un empujón del alma o como un imán que atrajese al alma. No puedo pasar por alto que, por allí, y por la contigua calle de Toledo, se va al Madrid esencial, al que trabaja y sufre, al que aguanta siempre, hasta que se le sube la sangre a la cabeza, cual se le subió cierto 7 de noviembre, cuando los moros se quedaron con la miel en los labios... aunque alguno que otro se deslizó subrepticiamente, como por error, hasta la Puerta del Sol.

•

Carné de viaje - VII

Bueno, bajemos. ¡Ojo al Cristo, que es de acero! Bajemos, por los escalones de piedra archidesgastada. Estamos en pleno siglo XVII. Con mi paso lento y desigual, en un minuto, he recorrido hacia atrás aunque yendo hacia delante, tres siglos. En plena escalera, un restaurante: "El púlpito" —¿quién será el predicador, el hombre o el vino? Enfrentito mismo, otro, cuyo nombre se me escapa. En los sótanos de la propia escalera, "Las cuevas de Luis Candelas". A la puerta ¿un camarero? con el traje del romántico bandido, es un decir, y con trabuco y todo. Quede el tal para los turistas ingleses —"Mi conocer Cueva de Luis Candelas, mí comer y beber allí, mí clavarme mano izquierda en la mesa con navaja cabritera". Nosotros, calle de Cuchilleros abajo, entre viejas casas de maravilla —para ver sólo, claro—, con sus tascas de relumbrón y sus navajerías, hasta la calle de Latoneros. Por allá, la calle de Segovia, con su Viaducto, el Viaducto preferido por los suicidas, la Cava Baja, con los astrosos tranvías, que descendían, y ya no descienden, hasta el Puente, hasta la carretera de Extremadura; con los autobuses que antes iban a Brunete, a Navalcarnero, a San Martín de Valdeiglesias, a Villaviciosa de Odón, a El Pardo.

Y aquí está el célebre "Mesón del Segoviano". En "El Mesón" se dio, el año 17, un fastuoso banquete a Grandmontagne. Hablaron Antonio Machado y Azorín. ¡Qué tiempos aquéllos!

Y aquí me detengo yo. Porque me da la gana. La real gana. ¡Ni un paso más! Voy a zamparme, a zambullirme, en plena historia literaria. Lope de Vega y Cervantes me acompañan. Uno y otro —tan amigos, tan enemigos— conocían bien estos deliciosos parajes. El "Mesón del Segoviano" es testigo.

Y aquí me detengo yo, y me ensimismo, y me extasío. Aunque, ¡adiós ensimismamiento y adiós éxtasis! El hombre propone, y Dios dispone. De repente, el repiqueteo de unos tacones, y el desafío de unas madrileñas que despampanan. Entonces es cuando se me ocurre concluir esta nota con palabras de Ernesto Barrio Barreda publicadas, tiempo ha, en la revista "Caras y caretas", una revista que también despampanaba:

"—¡Olé la chica guapa!...

—¡Qué me está usté dando la coba!

—No... Que se trae usté unos ojos muy monos...

—¿Le han gustao?

Y, con una caída de párpados y un revoloteo de faldas, se aleja la chica, con ese pasito de perdiz tan propio de las madrileñas, satisfechas hasta el alma del piropo escogido."

Siglo XVII, siglo XX, ayer como hoy. El genio del pueblo es una magnífica obra de arte.

Ni Cervantes ni Lope osarían llevarme la contraria.

F. CONTRERAS PAZO

Madrid, marzo-agosto, 1983



La Plaza Mayor, de noche una luminaria divina. (Vista tomada desde la calle de Cuchilleros, un día de fiesta nacional... o de verbena. Por todos sitios, banderas nacionales.

Gurí

Los gurisitos aplaudieron con ansias de mariposas la llegada de la nueva maestra. Nueva en todo: en su vitalidad, en su sonrisa, en sus ademanes. De la anterior quedaba el recuerdo en el camino que viboreaba después de la porterita; repechaba, se perdía, bajaba, se oscurecía y se aclaraba como un viajero a paso apurado. La maestra "flamante" desdibujaba, poco a poco, la imagen de la que partió con una mano en alto, como paloma en vuelo, en el sulky que se fue alejando en balanceos y barquinazos.

A la "nueva" la recibieron en círculo. Con alegría y desconfianza; con miradas tiernas y pechos en agitación; muchachitos del campo de ojos curiosos y guardapolvos prolijos; con palabras en secreteos, en voz baja; con algunas flores en ramitos apretados en los que palpitaba el corazón del malvón. Estaban allí, frente al local y de espaldas al jardín, tan disciplinado como los alumnos que esperaban en espera de pulso rápido. Pintaba la mañana el paisaje con colores cambiantes. El salón de clase esperaba también de puerta abierta y bancos en hilera, en una fresca invitación.

Se movía la maestra y el círculo de guardapolvos seguía el movimiento de la "nueva". Deseaban saber su nombre; descubrir algo de su vida, de dónde venía. Ninguno de los alumnos se animaba a preguntar. En cambio ella, en un gesto maternal, acariciando aquellas cabecitas recién lavadas, limpias y con olor a jabón, fue acercándose con palabra luminosa y dulce y así iban apareciendo los nombres: Calixto..., Eduviges..., Epifanio..., Bienvenida..., Norma..., (uno calló; miró tiernamente, profundamente a la maestra y ella, en silencio comprensivo, apoyó su mano sobre el hombro del niño y siguió interrogando). Una de las niñas, con un cerquillo renegrido sobre una frente blanquísima, contestó: "me llamo Gertrudis, pero me dicen Potota". El grupo era variado: había alumnos de 6, 8, 10 y hasta 14 años.

Así fue pasando el primer rato de la mañana, inquieta de colores, en el patiecito bien barrido de la escuela del "Paso de las Avestruces".

A las 10 de la mañana, tal como lo indicaban las disposiciones, y al toque de una campanilla brillante comenzó el primer día de clase.

Había ya comunicación suficiente para el buen entendimiento entre maestra y alumnos.

El pupitre aguardaba. Atento. Lustrado. Amigo.

Ella repasó en silencio los asientos. De manos sobre las mesas y miradas curiosas y algo temerosas, ellos también aguardaban. En la pared del frente, arriba del pizarrón, estaba el cuadro de Artigas; en la del costado derecho, el retrato de Varela y en la de la izquierda, un mapa de Uruguay. Una ventanita encuadraba un pedazo de campo lleno de lejanía.

Todo en orden para la faena del futuro.

"Yo ya conozco algo de ustedes. Si quieren saber algo me preguntan; así vamos conversando para conocernos mejor; levantan la mano y yo les doy la palabra" (fueron las primeras manifestaciones "en maestra").

Titubearon. Alguno se compuso el pecho, de nervioso; otros intentaban levantar la mano a medio vuelo y uno, Apolinario, bastante grandecito y muy ingenuo interrogó: "¿por qué los dos señores están de brazos cruzados?" (aparecieron algunas sonrisas tímidas y miradas hacia atrás, hacia el banco de Apolinario).

Se hizo silencio. El campo entró a curiosear.

Y la respuesta llegó: "Porque esos ilustres señores siguen esperando y confiando en ustedes; por eso están tranquilos...".

Bailaba en varios la pregunta: ¿cómo se llama usted?, pero esperaba mejor oportunidad.

Así, entre preguntas y respuestas, entre distribución de material, pruebas livianas de lectura y "cuentas" se fue pasando el primer trozo del primer día de clase.



Durante el recreo, mientras los muchachos se reunían en grupitos, con miradas hacia la maestra, ella, con una enorme curiosidad, no se apartaba de aquella negativa callada y respetuosa del alumno que no quiso decir su nombre. Era uno de los más grandes de la clase. Ella quiso saberlo. Y en un impulso franco, limpio y alegre, lo abordó en el jardincito reventón de malvones...

"Es que mi nombre es muy feo... me llamo... Escapulario, pero me dicen "Gurí", todos me conocen por "Gurí", el gurí de los Peraltas...; ellos no son mis padres..., bah!!!, hacen que son, pero soy el peoncito"...

¿?¿?¿?¿?¿?

Sí, hago de todo... porque soy peón, ¿entiende?, muchas veces me curten a lazos... sí, sí, me pegan con lo que venga...

¿?¿?¿?¿?¿?

Sí, por cualquier cosa o por nada... estoy deseando ser grande...; llámeme "Gurí", no tenga reparo...., no doy para más que a Gurí. Es la verdad. No soy mentiroso"...

¿?¿?¿?¿?¿?

"Si le contara todo, ahí se iba a horrorizar!!! No me puedo enfermar ni quejarme; hace pocos días la pezuña de una chancha en celo me deshizo el empeine de este pie. No dije nada y trataba de que no me vieran renguear; me aplicaba cataplasmas de ceniza y bosta bien caliente; se me caían las lágrimas... y ya ve, ¿puedo ser otra cosas que Gurí?"

¿?¿?¿?¿?¿?

Sí, me mandan a la escuela porque el comisario me quiere mucho y los asustó; hoy no me querían mandar porque primero tenían que conocerla."

¿?¿?¿?¿?¿?

"No..., no, por favor!!! no diga nada. Yo me porto bien, se lo prometo, se lo juro... Si dice algo me castigan a mí y a usted la hacen correr como hicieron con la señorita Evangelina..."

¿?¿?¿?¿?¿?

"No!!!, no haga nada... llámeme solamente "Gurí", no doy para más..."

Angel María LUNA

(Especial para EL DIA)
Ilustró: E. Vernazza



TARZAN
POR EDGAR RICE BURROUGHS
TARZAN VIAJA POR ENTRE LOS ÁRBOLES SALTANDO DE RAMA EN RAMA CON SINGULAR GRACIA...
...Y EL AIRE ACARICIA SU ROSTRO.
DESPUES ESTAR EN CONTACTO CON EL HOMBRE EL REY DE LA SELVA GOZA SU LIBERTAD...
...AND THE TRANQUILITY OF RENEWED FRIENDSHIPS.
CONTROL DE LA MISIÓN... PHOENIX. TENGO SEPARACIÓN.
ENTRETANTO, EN UN CIELO DE MEDIANOCHE SE VA A DESARROLLAR UNA LUCHA QUE CONVERTIRÁ LA SELVA EN UN INFIERNO
¡PHOENIX! ¡HABLE POR UNA ÓRBITA!
MIKE GRELL 8/29 2685
TARZAN ® Trademark TARZAN Owned by Edgar Rice Burroughs, Inc. and Used by Permission
COPYRIGHT © 1982 EDGAR RICE BURROUGHS, INC. All Rights Reserved

Moñas, Guardapolvos, Delantales, Uniformes:

capurro

Seguro que está pensando en Soler



Media Strech, ,variedad de colores N$ 39.-

Moña en Acrocel N$ 55.-

Delantal jardinera todos los modelos N$ 195.-

Guardapolvo derecho en Acrocel, talle 4 N$ 450.-

Delantal tableado, talle 4 N$ 480.-

Guardapolvo cruzado en Acrocel, talle 4 N$ 480.-

Mochila de gran capacidad con fuelles y bolsillo N$ 295.-

Soler En sus 75 años

Centro, Cordón, Unión, Matriz, Paso Molino, Mercedes, Paysandú, Salto.